

# El rey de la cadena

Augusto Godachevich

*(Nueve monólogos y cuatro obras breves)*

Monólogos:

- Por lo menos uno
- Perder tu pena
- Doble karma
- Hijo del viento
- Rey de la cadena

Monólogos existenciales:

- Persiguiendo a un conejo negro
- Competencia tercermundista
- Cuerpos que habitan lo que fue
- De cerca nadie es normal

Obras breves:

- No todos...
- No sé por qué te odio
- Ganas de...
- El trocador

*[Los cuatro monólogos existenciales, fueron estrenados en el año 2013, en la obra de teatro “Cerca”, en la sala “Ombbligo Universal”, en la ciudad de Pergamino. Fueron estrenados por el grupo de “Entrenamiento y Formación Actoral” dirigido por Ana Julia Vigo y Augusto Godachevich]*

Por lo menos uno

Él

(Entra y habla a público): Hola... ¿cómo están? Les hago una preguntita. ¿A veces, no les pasa, que no pueden encontrar a alguien mejor que ustedes? (Espera respuesta). ¿No? Porque a mí, me pasa todos los días. Estoy en un constante movimiento. Intento conocer a la mayor cantidad de personas que puedo. Y ojo que no hablo de conocer así no más, hablo de conocer en profundidad: lo que piensan, lo que sienten, sus miedos, sus metas. (Recordando). Cuando me integro en algún grupo, suelo ver en sus miembros, gran cantidad de virtudes. A los hombres los veo honorables, sinceros, confiables, viriles... Los veo como a grandes amigos, como próceres a imitar. A las mujeres las veo puras, cristalinas e incandescentes. Diosas que ríen a mí alrededor, abanicándome con sus hermosas cabelleras. Entonces, me siento tan..., tan feliz. Son esos momentos en los que me siento realmente vivo. Son esos momentos en los que me siento... un ser humano. Con mis errores y defectos. Entonces comienzo a rebajarme frente a las virtudes de mis nuevos amigos. Me digo que yo, comparandomé con ellos, no soy nadie. Ni una mísera pulga. Apenas un proyecto de persona. Y así, de ese modo, me siento agradecido de estar junto ellos. Agradecido de que ellos me permitan disfrutar de sus palabras, y de su compañía. Y así me siento feliz. ¡Qué placer! (Recordando). Pero..., con el paso tiempo..., comienza el terrible desengaño. Empiezo a conocerlos un poco más, y comienzo a darme cuenta de sus... defectos; de sus atroces personalidades. Y otra vez al inicio, a la angustia, a darme cuenta de la realidad: “No hay nadie mejor que yo”. (Saca una manzana y se pone a comerla). Me acuerdo de un tipo.

Pertenecía al grupo... (hace memoria) ...505. Su nombre era Hernán. Lo había idolatrado. Le había creado, como a muchos otros, hermosas y nobles virtudes. Por ende, confiado, me entregué a contarle mis desdichas, y mis angustias; el porqué de mis terribles dolores. Él, se apiadó de mí, y supo escucharme. Les juro que llegue a creerlo... un amigo. ¿Entienden lo que les estoy diciendo? ¡Un amigo! (Respira profundo). Pero no... (Le da un mordisco a la manzana. Con la boca llena) Otra vez. ¿Qué hizo? Les contaré lo que me hizo. (Termina de tragar). Algo tan vil... Algo que ninguno de ustedes sería capaz de hacerme... (Mirándolos bien) ..., o si, bah..., yo que sé. Un día, estaba todo el grupo reunido, festejando el cumpleaños de uno de los integrantes, y Hernán, totalmente borracho, contó a los gritos todos mis secretos. Contó que yo me creía perfecto. Todos se burlaron de mí. (Recordando). Se rieron de mí. Esa fue la última vez que los vi. Pero lo más importante, es que me fui del grupo sabiendo que todos eran peores personas que yo. Todos y cada uno. Nadie trato de entenderme. (Roto). Nadie me abrazó. Sólo se limitaron a burlarse. (Mirando la manzana). En el grupo... (Piensa)... 753, conocí a Danisa. Era hermosa. Perfecta... se podría decir. La tome por mi diosa, por mi musa. Le di todo: mi amor, mi lealtad, mi vida misma. Creí haber encontrado a alguien con mi misma perfección. Me sentía un ser complementario. (Con la manzana en la mano.) Creí tener entre mis manos a mi perfecta y jugosa media manzana. Creí tener, de una vez por todas, mi felicidad garantizada. (Silencio). Pero no. (Muerde la manzana de vuelta). Un día llego a casa, demasiado temprano, con un ramo de rosas rojas entre las manos, para festejar nuestro par de perfecciones. Abro la puerta... (Se escucha el sonido de la puerta seguido del sonido de gemidos sexuales) ...y ahí estaba, con el portero del edificio. Un gordo desagradable, sucio, inmundo... ¡Absolutamente imperfecto!

Ella saltó de la cama y se abrazó a mis rodillas pidiéndome perdón. Él... se prendió un cigarrillo. El dolor que sentí fue... incomprendible. Pero no hablo del dolor que ustedes imaginan. No me sentía angustiado por que ella me había engañado con otro. No me sentía angustiado, porque ella había golpeado en lo más profundo de mi orgullo. No. Soy demasiado perfecto y supe perdonarla instantáneamente. Lo que me angustio realmente, fue algo más irremediable. Me angustió el darme cuenta que ella no era perfecta. Ella no era como yo. Y entonces me fui. Estaba nuevamente solo. Arrinconado. Acorralado en mi perfección. Y de ese modo, fui saltando de grupo en grupo, en mi intensiva búsqueda. Ayer escape del último grupo. El grupo 1979... 1979... (Se sienta agotado). Qué cansado estoy de buscar. (Parándose). Es por eso que vine acá, a este teatro. Entre ustedes, alguien, por lo menos uno, tiene que haber que sea mejor persona que yo. Uno, por lo menos uno. (Mirando desesperado). ¡Por favor alguien que levante el brazo! (Desesperado). ¡Por favor, uno, uno! (Si alguien del público levanta el brazo, mirarlo y hacerle notar que está lejos de la perfección. El personaje quiebra). No puede ser. Que solo me siento. Ustedes no saben lo que es ser perfecto. Es terrible no saber lo que es... pedir... perdón. A esta altura, ya tendría que estar acostumbrado, pero no. Como ser perfecto que soy, no pierdo las esperanzas, y ese... es mi peor castigo. (Gritándose a sí mismo). Convencete de una vez. Sos perfecto. Estás solo. Convecete y empezá a vivir. Dejá de buscar, dejá de buscar. (Silencio). Pero no, no puede ser. (Triste). Uno, por favor, al menos un... individuo... perfecto... (Silencio). (Sentándose). Pero bueno. Qué va a ser. Tendré que convencerme. Soy el único ser absolutamente perfecto. ¿Por qué será que solo hay uno? ¿Por qué me habrá tocado ser el único?

(Suspira). Bueno, mejor me pregunto menos ...y sigo perdonándolos un poquito más. Hasta luego.

¿Cuánto pagarías por perder tu pena?

Magdalena

(Ella está sentada cebando mates a otro que ella ve pero el público no).

Magdalena —¡Ay basta! ¡No llores más! Y sí, la vida es así, ni más ni menos, una mierda. Pero no pienses más en eso. Tratá de no pensar, trata de no... (busca la palabra) ...conceptualizar. Mirá, el otro día leí en un libro, que dice que, en realidad, lo que nosotros somos, es justamente “eso” que no se puede nombrar. “Eso” que es inexplicable. (Hace memoria). ¿Como decía? (Se acuerda): “Sólo sabemos que somos”. Eso decía. Y bueno, todo lo demás es lo que nos recubre: el ego, nuestra personalidad, los recuerdos... ¿Vos tenés muchos recuerdos? Ay, pará, no llores más, en serio. No vale la pena. Como siempre digo yo: después de todo... ¿Cuánto vale una pena? (Pensando). ¿Vos cuánto pagarías por perder una pena? ¿Cuánto pagarías por perder esa angustia que tenés? Pero me refiero a perderla y no encontrarla nunca más. Por lo menos no a la misma angustia; quizá encuentres otra, una parecida..., pero otra. (Pensando). Una con bigotes, por ejemplo, o con un melón en la cabeza... como dice la canción. (Intentando cambiar de tema): A mí me gustan las penas. En realidad, me gusta “lo que dejan cuando se van”. Cuando convivo con ellas no la paso bien. Suelen meterse en el baño y quedarse ahí durante horas. Siempre me hacen llegar tarde al laburo... y con unas ojeras terribles. El año pasado, estuve en concubinato, con una angustia pelirroja, que tenía como costumbre, dormir en la misma cama que yo. No me dejaba pegar un ojo en toda la noche. Siempre que me estaba quedando dormida, me apoyaba sus patas frías, y me volvía a

despertar; y una vez que me despertaba, ya no me podía volver a dormir. La muy hija de puta se hacia la que hablaba en sueños... y me decía “Él va a volver. Se va a dar cuenta de lo importante que sos para él, y va a volver. Él en el fondo te ama. Vos sos una mina increíble”. Cosas así me decía. A veces marcaba el número de un ex, sin que yo me diera cuenta, y me ponía el teléfono al oído. Una basura la pelirroja. Por suerte una mañana me levanté, y ya no estaba. Y ahí fue cuando me puse a ordenar la casa. Fue en ese momento en cuál comprendí... que había valido la pena; o que la pena había valido la angustia. Qué sé yo. (Cambiando de tema): Bueno, menos mal que dejaste de llorar. ¿Por qué los animales no llorarán como lloramos nosotros? Quizá el aparato lagrimal, sólo sirve para sacar basuritas del ojo, como dice mi abuela; y esto de lagrimear por penas y angustias es una anomalía del proceso evolutivo. Pensandoló bien, creo que los cocodrilos sí lloran, pero no sé con qué fin. ¿Vos sabés? Vamos a tener que averiguarlo. ¿No te parece? (Recordando por qué el tipo llora). Pensá que casi todos los seres humanos consiguen trabajo. No te va a costar conseguir otro. Tenés que empezar a tirar curriculums, y algo va a aparecer. Pensá en positivo. (Piensa). Si tuviera que pensar en todo lo que yo trabajé... (Hace memoria). Una vez fui secretaria de un abogado; después fui bióloga, inyectaba a monos en un laboratorio; y hace un par de meses fui aeromoza. Estuvo bueno. Usaba una de esas minifaldas súper sensuales y caminaba entre los pasajeros con un carrito. Ahora trabajo de esto, pagan bastante bien. Qué bueno que te pareció bien lo que te iba a cobrar, porque el otro día, un tipo, me dijo que lo estaba estafando. A mí me parece un precio sensato, dentro de la poca sensatez que tiene los números y el dinero, obviamente. Igual, acá lo importante, es que presto un buen servicio. La mayoría de mis clientes quedan conformes y sin lágrima alguna. Espero que te portes bien y no seas la

excepción a la regla. (Cambia de tema por asociación).  
Hablando de eso me está por venir. Me duele todo el cuerpo.  
Decí que el otro día, descubrí la existencia de esos tampones extra grandes, en el supermercado. ¿Querés uno? Están muy buenos. Ayer llamé a la fábrica para felicitarlos. (Lo mira) Qué bueno que dejaste de llorar. Bueno, un rato más y me voy.  
(Rígida): Sí, me tengo que ir. Si querés, dame un par de curriculums, que te los voy tirando por debajo de las puertas, por lo menos hasta que llegue a la parada de colectivos. No me cuesta nada, en serio. Te lo hago de onda. (Recordando). Así que afinabas pianos. Qué laburo interesante. Ya vas a conseguir algo parecido, no te pongas mal. (No sabe que decir). A mí se me desafinó la heladera. Yo con el sonido que hacia la puerta al abrirse afinaba mi violín. Si te copas, pasá por casa y la afinás. Pero ojo que pateas cuando estás descalzo. Tené cuidado. Igual, con qué criterio estarías descalzo vos dentro de mi casa... ¿no? Ojito con lo que estás pensando, picarán. (Mira la hora en el celular). Bueno, muchacho, viendo que dejaste de llorar, y recordando que cobre por adelantado, me voy. Comprenderás que tengo muchos clientes, muchísimos. Porque, en realidad, acá entre nosotros, lo que suelo hacer, es enamorarlos, mientras hago que vayan haciendo la catarsis. Creo que los psicólogos lo llaman transferencia... o algo así. Y entonces, de esa forma, los mantengo durante años llorando por mí; y así nunca pierdo el laburo. Les cobro, los consuelo, y después me voy. Y llegando la nochecita... me llaman a puro llanto solicitando mi servicio nuevamente. Es un ciclo sin fin. Como la película. (Mirándolo). Pero... con vos no me pasó. Es que realmente sos muy... muy feo. No te ofendas, pero... con ese lunar ahí, y esos kilos de más... Por más que traté de hacer foco en buscarte alguna virtud durante, nuestra charla..., no puede. No pude generar la transferencia, diría Sigmund Freud. Sos muy desagradable,

como deforme... Más allá de que sea una seducción, con fines laborales, sinceramente con vos no pude. ¿No te vas a poner a llorar por eso? (Simulando estar podrida) No, basta. Yo me voy. Quedate llorando. Me tengo que ir a trabajar... ¿Qué querés que haga? Okey, okey... Está bien, está bien, tranquilizate... Empecemos de vuelta, pero, antes que nada, ya sabés, cobro por adelantado. (Estira la mano como para cobrar. Apagón)

## Doble Karma

Pablo

(El actor comienza a recitar el poema. Sólo viste pañales para adultos):

Con un beso entre los ojos  
me diste origen.  
Con una promesa de amor  
me mantuviste vivo.  
Con una triste lágrima  
me diste las fuerzas.

Sos el abrazo que me mantiene de pie contra el viento.  
Sos cada signo de resistencia contra la fatalidad.  
Sos la necesidad de no caer sin luchar.  
Sos la vida, todos los sentidos,  
y el orgullo de merecer existir.

Con un beso entre los labios  
me diste la calma.  
Con una promesa de protección  
me mantuviste a salvo.  
Con una palabra al oído  
comencé a cantar.

Sos el origen de todos mis caminos.  
Sos la necesidad de caminar para entender.  
Sos la obligación de entender para poder ayudar.  
Sos la luz, todas las tibiezas,  
y el orgullo de merecer existir.

Tus brazos son mis alas.  
Tu mirada mi energía.  
Tus latidos mis pasos.  
Tu existencia, mi vida.

Sí, es extraño que esté recitando versos en pañales. Pero bueno. Son cosas del director, yo que sé. Se le ocurrió el otro día. Estábamos los dos sentados en el pasto, tomando mate, en silencio... y de repente gritó: “Ya sé. Vas a recitar un poema, desde arriba del escenario, que escribí para mi novia. Pero solamente vas a tener puesto un pañal”. Y después se puso a reír durante media hora. La verdad es que... no sé si hice bien en meterme en este proyecto. Pero bueno..., ya está. La próxima vez lo voy a pensar mejor. Lo que se enojó mi novia cuando le conté que iba a actuar en pañales. Pero bueno... Cuando uno se compromete, después no puede dar marcha atrás. Mi padre me enseñó eso. Además..., él me da pena. Pobre gordo. ¿Quién le va a dar bola en todos sus delirios como yo? Parece que es mi karma. Pero bueno..., yo que sé. (Recordando). Siempre que lo veo, después de cada ensayo, tan feliz, como si fuese un chico..., no sé, siento..., siento que le rompería el alma si me voy. Y bueno..., ya estamos acá. Y como si fuera poco, el gordo no es tan sólo el director, sino también el escritor. Doble karma. Así que pido total desconfianza hacia todas mis palabras, ya que también fueron escritas por él. Y también les pido desconfianza a mi supuesta disconformidad, que también fue decidida por él. Después de todo soy tan solo un actor: “Mi rol es el de interpretar las palabras del dramaturgo a través de las directivas del director”, valga la redundancia. Tan sólo soy un engranaje más. Como también lo es él. Así que cualquier cosa que diga, que pueda llegar a ofenderlos, ya saben con quién se la tienen

que agarrar. (Silencio) Con él. (Pensando). Espero que por lo menos la novia del gordo esté feliz. Igual, no sé, uno se pregunta... ¿Vale la pena que me denigre así, para que la novia del gordo esté feliz? En este caso, parecería que la respuesta es afirmativa. Pero bueno, como ya les dije, acá lo que pasa, es que, en realidad, no es mi pregunta la que es emitida, sino la del escritor. Él pone las palabras en mi boca. Después de lo que le costó conseguirse una novia, no sé. No le puedo cagar esto. No sé qué le vio esta piba para darle bola... Esperemos que le dure. Bueno, eso es todo. Listo. Terminé. (Silencio, busca el apagón que no llega). ¿Y el apagón? (No llega). Bueno, no sé, viendo que el apagón no llega, y considerando las circunstancias, me gustaría poder aprovechar este momento, para poder decirle algo también a..., a mi novia. No sé... ¿digo, no? Ya que me tomé el trabajo de recitar una poesía para la novia del gordo, tranquilamente, podría decir algo en honor a mi chica también... ¿Por qué no? A mí me parece bien. Espero que a ustedes no les joda. A ver..., pensemos... ¿Qué puedo decir?... A ver... Tu amor... es... (No lo convence). Amor mío..., quisiera..., quisiera decirte..., decirte... Ahora no se me viene nada a la mente. ¿Y si le canto una canción? Algunas de esas que le gustan a ella, la de... ¿Cómo se llama esta?... La de..., esa del caramelo... (Canturrea). No, no la sé bien... No, mejor digo unas palabras y ya está. Algo sintético. A ver... (Piensa): Querida Eugenia mía, tus besos son como olas..., como las olas del océano..., océano... No, la puta madre... (Le cae la ficha). No se me ocurre nada... poético. Tendría que haber preparado unas palabras. (Se da cuenta). ¿Pero, mi novia, creería que son palabras mía,s o que son palabras de él? No, mejor no. Porque, conociéndolo al gordo, se puede aprovechar de la situación. No. Tengo que dejar de pensar en Eugenia. Yo sé cómo es él. Hace rato que anda intentando levantarselá. Yo veo como la mira. Y a

la otra, que le encanta que la miren... Es buen tipo, pero las minas lo pueden. Pero eso no le duran... No le duran al gordo... (Pensando). Pará... ¿Este no se habrá tomado el trabajo de escribir esta escena, con el único fin, de levantarse a Eugenia? (Silencio. Piensa. Se da cuenta). Claro... Ella creería que soy yo quien le habla, pero en realidad, la estaría seduciendo con sus palabras. (Toma conciencia). ¡Gordo hijo de puta! Ahora entiendo por qué le parecía buena idea, eso de que se nombre a Eugenia en la escena. Y yo creyendo que también era un tributo para ella... ¡Gordo culo roto! Te la querés levantar. Después de todo vos te mereces a todas las mujeres del mundo. Si yo fuera mujer también quisiera estar con vos. ¿Pero qué mierda estoy diciendo? ¡Dejá de poner palabras en mi boca! ¡No soy tu marioneta! ¡Soy un actor! ¡Tengo mis sentimientos! (El director se mete en el cuerpo del actor. Lo que está en cursiva lo dice el director a través del actor). *Sí, eso es lo que sos. Una marioneta. Si tenés sentimientos es tan sólo para ponerlos al servicio de mis directivas...* Basta. ¡Dejame en paz! *¿Vos querías que tu novia aparezca en la escena? Bueno, ahora ya apareció.* No por favor. ¡Mi amor! No me creas nada de lo que digo. ¿Me escuchaste bien? *Basta de rebeldías. Tu cuerpo está a mi servicio. Ya te lo dije mil veces. Tu rol es el de pronunciar mis escritos a través de mis directivas.* Pero no te metás con ella. Sino... *¿Sino qué? Ella va a ser mía, te guste o no.* Basta. Andate de mi cuerpo. *Puede que sea tu cuerpo quien le haga el amor esta noche. Pero serán mis palabras quienes la arrastren hasta la cama. Seré yo quien decida en dónde poner cada mano. Seré yo quien decida en donde poner cada beso... Por más que mi cuerpo no esté ahí..., siempre seré yo.* (Ríe) ¡No! Por favor. *No te resistas.* ¡Basta! Ella es mía. *Eso es lo quiero que ella crea.* Perdón mi amor, no tengo alternativa. (Saca un cuchillo del pañal. La mano es del actor, pero la cabeza del director)

*¿Qué haces? Soltá ese cuchillo imbécil. Ella es mía. No soy tu marioneta. Sos lo que yo te digo que seas. Con mi cuerpo no la vas a tocar. (Se lleva el cuchillo a la entrepierna) Bajá ese cuchillo. ¿Qué hacés? Sacá el cuchillo de ahí. No toqués eso que lo necesito. Es una marcación, es una orden. Perdón mi amor, perdón. Lo hago por vos. Entendeme. (Se castra). ¡No! (El actor cae. Voz en el aire del director. El actor desangrándose). La puta madre que los re-mil parió. ¿Cómo se puede ser tan imbécil? Dios mío. Después de tantas horas de ensayo me sale con esto de la castración. Qué pérdida de tiempo. Tantas horas de ensayo... Con lo buena que estaba esta mina... Me cago en todos los santos. (Respira) Bueno, tendré que seguir con el Plan B. Voy a ver si esta noche le llevo flores. Estos actores... ¿Por qué siempre me hacen tan difíciles las cosas? Al final son un mal necesario y la puta que lo parió. (Apagón)*

Hijo del viento

Madre

(La protagonista está sentada dentro de un balde de metal. Con unas agujas lo golpea marcando un ritmo. Canta siguiendo la estructura melódica de “Todas las hojas son del viento” de Luis Alberto Spinetta).

“Cuida bien al niño,  
arma bien su mente,  
dale sol de enero,  
dale un cuervo negro...”

Hoy que un hijo hiciste,  
cambia ya tu mente...”

(Comienza a hablar):

Cruda realidad. Mundo absurdo.  
No habrá mimos ni caricias para mi pequeño.  
Hijo de la vida. Hijo del viento.  
Hijo que nace porque debe nacer,  
porque la vida siempre se abre camino.  
Hijo de padre ausente, borracho, desempleado y golpeador.  
Hijo. Ay, hijo. Yo te cubriré de desgracias e infortunios.  
Y así es que saldrás listo para la vida.  
Y así es que saldrás de espaldas al dolor.

Sin cálidos versos que te nutran el alma.  
Sin tristes canciones que colmen tu espíritu.  
Sin lazos de amor que te debiliten las fuerzas.

Sin primeras, ni últimas lágrimas.

(Se levanta del balde y se para. Tiene al feto colgando entre las piernas).

Por eso es que creces fuera de mí.  
Por eso es que te templo al viento,  
a la vida, al sol que nunca quema de amor.  
Al sol viejo, persistente e infecundo.

A los nueve meses cortaré del cordón,  
y así pisaras la tierra,  
y así vivirás sin Dios,  
y así serás único ser inmune  
al trágico flagelo del amor.

Gatearás por las avenidas calientes  
ignorando a lo frágil del pueblo.  
Caminarás estoico, entre crotos y linyeras.  
Correrás por ciudades pestilentes  
sin temer a la sangre coagulada.  
Respirarás libre de toda traición,  
porque nunca conocerás a la confianza.

Destrozarás a la carne estancada  
que estorbe en tu camino.  
Librarás a tu mente de sueños  
que nieguen a tu cruel realidad.  
Morirás sin el pecado  
de la patética redención.  
Tan sólo olvidarás la vida,  
y a tu cuerpo, que será del viento.

Ahora crece. Toma mi alimento.  
Yo me alimentaré de mi propio orgullo.  
Madre de la vida. Madre del deseo.  
Madre que es madre porque quiso placer.  
De piernas abiertas, destino.  
Madre de padre presente, poeta, desempleado y estafador.  
Madre, ¡ay hijo! de sueños de amores muertos, a puro alcohol.  
Y así es que, con mis agujas, me vacié;  
y así es que, en este balde, te coloqué.

Por eso es que creces fuera de mí.  
Por eso es que te templo al viento,  
a la vida, al sol, que nunca quema de amor,  
al sol, viejo, persistente e infecundo.

A los nueve meses cortaré el cordón,  
y así pisaras la tierra,  
y así vivirás sin Dios,  
y así serás, único ser inmune,  
al flagelo del amor.

(Vuelve a cantar hasta terminar)

“Cuida bien al niño,  
arma bien su mente,  
dale sol de enero,  
dale un cuervo negro...

hoy que un hijo hiciste...

cambia ya tu mente....”

## Rey de la Cadena

### Hombre León

Buenos días. (Se sienta). Aún recuerdo aquella tarde cuando mi padre me dijo: “Mira, hijo mío, todo lo que está dentro de este enorme edificio, es tu reino. El tiempo de un soberano asciende y desciende como el sol. Algún día, el sol se pondrá en mi reinado y saldrá contigo; siendo tú el nuevo rey. Y toda esta empresa será tuya”. Así fue que me dijo, y así fue que sucedió. Hoy la empresa de fiambres “Pumba” me pertenece. Soy el dueño y señor. Como ya sabrán, nos especializamos en todo tipo de fiambres: mortadela, jamón cocido, jamón crudo... Todas las variedades que puedan ustedes imaginar. Y yo soy el soberano. Soy quien está en la cima de esta enorme cadena alimenticia. (Tratando de explicarse): Podríamos decir que cada individuo, en la cadena, está ubicado a través de la herencia y de la educación. Desde las analfabetas y negras hormigas, que trabajan de sol a sol por unos pocos pesos; hasta los civilizados predadores como yo. Nosotros somos los que estamos en lo alto. Tenemos la responsabilidad de mantener “el equilibrio” y haremos todo lo que haya que hacer para lograrlo. (Ejemplificando): No puedo, por ejemplo, ponerme a civilizar, y a educar, a eslabones inferiores; porque eso desbarataría todo el sistema que, durante cientos de años, nos ha mantenido en perfecto equilibrio. ¿Qué pasaría si yo educara, por ejemplo, a una hiena? Seguramente dejaría de reír bobamente todo el día frente al televisor..., y se pondría a pensar..., y se pondría a leer..., y le nacerían inquietudes..., y, seguramente, se daría cuenta, escuchándonos a nosotros, los predadores, que toda nuestra verbosidad carece de sentido..., y eso sería realmente terrible. Pondría en peligro a nuestra inmaculada investidura, y

así también, pondría en peligro a todas las especies de la cadena. (Simpático y coherente): Es por eso, que, desde chico, se nos enseña cuál es nuestro lugar en la sociedad; y se nos da la educación justa y necesaria para encajar exactamente en ese eslabón. Si todos fuésemos predadores empresarios, o abogados buitres, no tendríamos a quién hacer trabajar de más, para nosotros vivir, “mercidamente”, un poco más relajados. Con nuestra profesionalidad colgada en la pared, y con nuestras piernas apoyadas sobre el escritorio. Bien sabe, su señoría, que es nuestro derecho, tanto el suyo como el mío. (Como interrumpiendo una objeción): Sí, sé que existe una constitución. Les recuerdo que fui educado en las mejores universidades. La constitución, nuestra carta magna, consagra derechos y obligaciones para todos por igual. Pero, bueno, como bien sabemos, esa ley fundamental, puede ser modificada. Cualquier tipo de predador, con un alto nivel adquisitivo como yo, puede alterarlas fácilmente. Considero, sin embargo, que la existencia de estos deberes y obligaciones, enumerados en un librito de bolsillo, son de vital importancia; ya que, a los niveles inferiores, siempre conviene darles algo que les haga creer que tienen un respaldo, digamos..., algo que les haga creer que hay cierta igualdad entre todos los individuos. Es una buena manera para “mantenerlos haciendo lo que nosotros queremos, mientras piensan que hacen lo que ellos quieren”. Lubricadas estrategias empresariales. (Ejemplificando): Por ejemplo, yo en fiambres “Pumba”, siempre suelo darles jugosos premios a mis empleados más eficientes; a aquellos que me hacen ganar millonadas demás. Con estos premios, mantengo a mis empleados divididos, y compitiendo entre sí; de esa manera, evito hasta el menor índice de sindicalismo. Y tan sólo me cuesta una canasta de frutas y una pata de jamón a fin de mes. Y si, después de todo, apareciera algún germen de rebeldía entre

mis subordinados, mis fieles orangutanes se encargarían del asunto. Después de todo, ese es el rol que han heredado de sus papas gorilas. (Como si respondiera a alguien que le está pidiendo que vaya al punto): Su señoría, espero que comprenda por dónde es que intento llevar mi disertación. Sé por demás de bien, que el tema que nos reúne hoy aquí, no tiene que ver con mis serviles y laboriosas hormigas, ni con mis fieles orangutanes... Pero, comprenderá, que necesitaba hacer esta breve introducción para que se me juzgue como lo que soy: insisto, un soberano, un rey león. Me gustaría que el jurado pueda dejar atrás lo sucedido. Me gustaría que el jurado se ponga en mi lugar; que imagine que tiene, por una noche, mi poder. ¿Qué es lo que harían? (Señalando a alguien del público): ¿Qué es lo que haría, por ejemplo, usted, señor Rinoceronte? ¿Acaso, no le gustaría asistir a las escandalosas fiestas a donde yo asisto? ¿Y usted, señora Avestruz? ¿Acaso, no le gustaría, aunque sea, por una noche, lucir los costosos vestidos y joyas que lucen mis hembras? Piensen que, es muy difícil, ponerse a pensar en qué es lo que está bien, y qué es lo que está mal, cuando la oferta es tanta... y constante. (Comenzando a cerrar): Sólo pido otra oportunidad. “Hakuna Matata”. Si no podemos cambiar el pasado, de nada sirve mirar hacia allí. Sé que la constitución dice que, esta cebra, tiene los mismos derechos que yo. Pero como ya les expliqué: es tan sólo una cuestión de posicionamientos en la cadena, que todos, de algún modo u otro, heredamos. ¿Se dan cuenta que resulta imposible considerarme culpable? Sólo podría ser culpable de mi herencia... ¿Y cómo ser culpable de algo que no decidí? ¿Cómo ser responsable de haber nacido soberano? Porque, después de todo, no olviden que soy el rey. Como predador que soy, bien saben que tengo derechos adquiridos sobre los demás ciudadanos. Estoy en la cima de una cadena alimenticia. Soy el soberano de fiambres “Pumba”.

(Intentando ponerse en lugar de víctima): A ella es quién tendrían que condenar, por tentarme con su fresca y voluptuosa carne, aquella noche. ¿Cómo resistirme a ella, sabiendo que está en mi propia naturaleza, el deseo absoluto de devorarla? ¿Qué hubiese hecho usted, señor jaguar? ¿Qué hubiese hecho, al tener frente a usted, a aquella preciosa cebra en toda su rayada desnudez? (Confesando): Sí, confieso que la mordí... ¿Qué hubiese hecho usted, siendo el soberano? Sí, confieso que la mordí, mastiqué y tragué. Ella me sedujo, y yo soy el rey. ¿Por qué no habría de poseerla? ¿Por qué no habría de devorar su preciosa carne, bocado a bocado? ¿Qué hubiese hecho usted? Después de todo es un ciclo sin fin... Yo también, al morir, seré pasto, y usted me comerá. Sí, usted. No mire para otro lado, señora, usted, una tarde pastando, me masticará... Me masticará como yo mastiqué a esa cebra. Soy un predador. Es mi razón de ser, es mi modo de comer... Es un ciclo sin fin... Nadie puede librarse de eso. Todos somos parte de la misma cadena, somos herencia. (Finalizando): Sólo pido una sentencia justa. Sólo pido la libertad que merezco. Y sólo permitiré que me consideren culpable, aquellos quienes nunca hayan comido a un ser vivo. (Se sienta). Gracias. Espero aquí sentado la primera piedra.

.

## Persiguiendo un conejo negro

Alicia

(Sentada cepillando a un conejo muerto con ternura):

Alicia —Persiguiendo al conejo negro, llegué a este lugar, a este mundo absurdo, a esta cruda realidad. Conejo negro que corría..., que llegaba tarde a ser desempetroado por las bondadosas y lisiadas manos, de esta trágica sociedad. Conejo negro que se asfixiaba. Conejo negro que añoraba su inmaculado color, su pulcro cuerpo de blanco algodón. (Respira profundamente): Persiguiendo al conejo negro, a través de un oscuro túnel, llegué a este lugar. A este valle de lápidas, a esta trasgresión a toda fantasía. (Observando al conejo): ¡Ay, mi pobre conejito! Ya no te preocupes más. Ya llegaste a donde creo que querías llegar. Sólo te resta descansar. Yo me encargaré de tu cuerpo. Te cepillaré hasta que no quede ni la más mínima mancha; te quitaré cada rastro de contaminada vida; y te sepultaré blanco y claro, como si estuviera sepultando a una nube del firmamento. Y así serás cielo, nuevamente; y así habrás abandonado esta triste y absurda competencia; y así, por fin, habrás dejado de correr hacia ningún lugar.

## Competencia tercermundista

Alicia —Siento a la salud perjudicada por las constantes frustraciones. La siento perjudicada, por no poder lograr lo mínimamente proyectado. Lo siento en usted, en mí, y en el mundo que me rodea. Quizá, si fuésemos menos ambiciosos, con respecto a lo que pretendemos ser, seríamos un poco más... sanos... ¿no? (Intentando buscar una explicación): Lo que aquí ocurre, es que han construido una sociedad un tanto competitiva; y si no te calzás los proyectos al hombro, te quedas afuera. Ya no existe la opción de parar el mundo y bajarse. Uno, sin querer, construye esa imagen mental del futuro a alcanzar. Es casi la educación evolutiva social de nuestro inconsciente. Son los proyectos que han almacenado nuestros padres, año a año, en nuestra cabeza; más los proyectos personales; más lo que la sociedad pretende de nosotros... Digamos que es casi dinamita pura para nuestra salud. Porque, generalmente, este prehistórico tercer mundo, no resplandece de felices caminos. (Girando rotundamente): Y del otro lado del cuadrilátero, tenemos a la vida, que, por lo que se ha dejado ver hasta ahora, es tan sólo una. Por ende, nos auto-exigimos a diario para aprovecharla como creemos que se debe. ¿Y cómo es que se debe? Muchos creen que se trata de dejar huellas a la posteridad (Sacrificio estresante si los hay). Huellas de quienes ya no están, para los que siguen estando, quién sabe por cuánto más. Después de todo, todo será cenizas. Las huellas, uno, el otro, y usted también. ¿Y entonces? Nuevamente todo vuelve a un sentido existencial. A un sentido de querer existir locamente... a los gritos..., o en silencio..., ... pero existir. Como sea, pero existir. Desnudándose en la tele..., escribiendo un libro..., haciendo arte..., amando... Tratar de ser el mejor en los nuestro, sin saber qué es lo nuestro. Y sin saber, que el que decide que somos los

mejores, no es el mejor en lo suyo. (Grandilocuente): El mejor. Competir. Dar toda nuestra salud para llegar a ser el mejor. Para que nuestros hijos sean los mejores. Educarlos para que puedan superar al vecino, y quitarles de a una vez por todas, esa loca idea, de que sólo necesitan nuestro amor. Prepararlos para la competencia tercermundista. ¡Preparados, listos, ya! Prepararlo para que sea el más capacitado de toda la cola. De esa cola que espera, bajo el fogoso sol, por un trabajo mediocre y mal pago. Prepararlo para que no sufra. Prepararlo para que tenga todo lo necesario. Prepararlo para que pueda pagar la hipoteca, y la construcción de esas rejas contra los no preparados, contra la chusma, contra los que no tuvieron los medios para comprarse sus propias rejas protectoras. Esas que se pueden sacar en cómodas cuotas. Esas que vienen electrificadas y pintadas en cálidos y divertidos colores. No hay nada más añorado que el título universitario. Ese título que abre puertas hacia trabajos bien pagos. Trabajos que nos permitirán la construcción de rejas que nos aíslen y protejan del tercer mundo. De este mundo de cuarta... poner quinta... y dejar a todos atrás. Atrás y afuera. (Finalizando resignado): Después de todo, nada podemos hacer, si ya nos dijeron que no se puede hacer nada, aquellos que nada hacen, ni hicieron. Tan sólo eso. Nada más.

Cuerpos que habitan lo que fue

Cuerpos que habitan lo que fue. Personas que habitan en nuestros recuerdos, por el sólo hecho, de ya no construir futuro con ellas. Quedan ahí, sin una de las características esenciales del ser humano, la transformación. Quedan como una imagen. Quedan petrificados en su esencia. Con los dones que supimos leer en sus cuerpos, mientras fueron presente. Quedan habitando lo que fue. Varados en ese espacio muerto, pero necesario. Imprescindible para poder seguir hacia adelante. Después de todo somos innumerables:

El que somos.

El que creemos que somos.

El que aquel cree que somos.

El que creemos que aquel cree que somos.

El que no será.

El que no fue.

El que es.

Somos innumerables.

Sólo queda sentir la enseñanza que da el amor. Eso es lo que queda y nos nutre. La enseñanza que nos dejó el amor de cada uno de los que habitan en nuestros recuerdos. Uno va creando lazos de amor, aprendiendo. (Silencio): Pienso en aquel momento en el que uno llega a lastimarse, y sin conciencia, lastima a quienes lo aman. Imagino una especie de eco, de efecto dominó. Como si el dolor que uno se proporciona se transmitiese por aquellos lazos de amor, hasta los seres queridos. Es el precio a pagar. Por eso hay que tener sumo cuidado a la hora de amar desmedidamente. No se puede ser inocente. Cuando uno es amado, tiene que ser consciente de que no sólo

se pertenece a sí mismo. Ya no se puede ser independiente. Cuando se es amado, todo se comparte, tanto alegrías como tristezas. Y debo admitir, que cuando se divide el llanto en un abrazo, pesa muchísimo menos. Una lágrima para cada uno no le hace mal a ninguno. (Reflexiona): Quizá, esos abrazos dados, van formando una especie de místico escudo contra la soledad. Como si fuese una estructura de amor que te va enderezando y no te deja caer. Como capas y capas de abrazos protectores adheridas a nuestro frágil ser. Abrazos que construyen y dan sentido. ¿Qué haríamos sin ese sentido, los seres que no logramos insertarnos en este mundo de objetos lustrosos? ¿Qué haríamos? No sé qué haríamos. (A público): Entonces, gracias. Entonces, gracias por los abrazos

De cerca nadie es normal

Nos esforzamos demasiado en ser aceptados por nuestros pares. A veces se vuelve tedioso estar buscando siempre existir en el otro. ¿Por qué uno es sólo cuando existe para el otro? Es muy fácil pasearnos omnipotentes, y jactarnos de que nada nos importa. Pero es imposible creernos que nada nos importa. Somos inseguros. Somos un manojito de preguntas constantes sobre el: qué pensarán de nosotros. Cuando las bellas mujeres se pasean frente a nuestros ojos, por la vereda, con seguridad, paso firme, y ropa a la moda; lo hacen porque saben que, ya existen para nosotros, como eso que les dijeron que eran hasta el cansancio: Mujeres sensuales y bellas, dignas de vestir como modelos esos trapos tan ridículos que la moda impone. Ella puede. Ella es hermosa. Todo le queda bien. Si esa bella dama supiera que se le permite existir en los demás por algo tan primario como el deseo... ¿Se seguiría paseando? Yo creo que sí. La mujer que genera deseo tiene su poder innato. Nunca hizo ningún esfuerzo por existir para los demás, fue su cuerpo siempre motivo de presencia para los ojos deseosos de los hombres, y para los ojos envidiosos de las demás mujeres. Si el ser humano necesita de una herramienta para existir en los demás, las bellas mujeres ya vienen con una innata. Los otros, los no agraciados por mamá naturaleza, tendrán que construir sus herramientas a puro pensar. Porque después de todo hay que existir. “Pienso luego existo”. De todos modos, uno solo encuentra aliados en esta vida, en las personas con las que se puede estar sin preocuparse por ser alguien en especial; sin pensar cuál de nuestros personajes es el que más le caerá en gracia. Me maquillo, luego existo. Cuando uno encuentra a esas personas, puede guardar en el armario todas las simpáticas sonrisas, y sentarse a tomar mates con la fragilidad junto a la

pava. Existir para estos aliados, es lo más parecido a realmente “existir”. Me tomo un amargo, luego existo. La situación fatal, ocurre, cuando somos heridos en nuestro amor propio. Cuando sentimos que, esos aliados, en los cuales hemos depositado nuestro existir en bruto, no nos retribuyen de igual forma. El amor propio siempre es necesario. El amor propio es imprescindible para no ser un esclavo de los caprichos ajenos. Pero, como ya sabemos, en esta experiencia de ser un ser humano, no hay equilibrio que valga. Todo equilibrio es subjetivo. Y eso es lo que hace a la cosa más interesante. Cada persona es todo un personaje con sus características extravagantes a flor de piel. “De cerca nadie es normal” Nadie.

No todos

Juan

Luis

Leo

(Tres amigos que vuelven de jugar al fútbol. Están sentados tomando una gaseosa)

Juan —¡Nos cagaron a palo!

Leo —Sí.

Luis —Juegan bien. Tienen buen equipo.

Juan —No parecen verduleros.

Leo —No.

Juan —Pasame la gaseosa. (Leo se la pasa. A Leo). ¿Y a vos qué te pasaba, que estabas en otra?

Leo —Nada.

Luis —Sí, estabas perdido en la cancha.

Juan —¡Verduleros de mierda!

Luis —¡Bueno che! ¡pará un cacho, con eso!

Juan —Claro, vos porque no comprás ahí. Mañana, cuando vaya, me voy a tener que comer una gastada terrible.

Luis —¡Y no vayás!

Juan —Estoy con la dieta.

Luis —Y bueno, bancatelá.

Juan —Es fácil decir eso, para vos. Total, las compras las hace tu vieja.

Luis —¡Con mi vieja no te metás!

Juan —Si no dije nada...

Luis —No es la primera vez que hablás de mi vieja...

Juan —Pero aflojá un cacho... ¿Qué dije yo de tu vieja?

Luis —La otra vez dijiste algo ofensivo... Ahora no me puedo acordar. Algo sobre sus manualidades en papel vegetal, dijiste.

Juan —Solamente había hecho un comentario sobre la tarjeta que me dio para tu cumpleaños...

Luis —¿No ves cómo sos?

Juan —Yo no tengo la culpa de que tu vieja sea una mantenida con sirvienta.

Luis —Bien que te gustaría.

Juan —¿El qué?

Luis —Mirá... No me hagás hablar, Juancito.

Leo —Creo que soy gay. (Silencio).

Juan —¿Qué dijiste?

Leo —Que creo que soy gay.

Juan —¿Sí?

Luis —¿Gay? ¿Te gustan los hombres?

Leo —No todos.

Luis —O sea que sólo te gustan algunos... (Leo afirma con la cabeza).

Juan —¿Te gusta alguno en especial?

Leo —Por ahora..., solamente me gustás vos.

Juan —¿Yo?

Leo —Sí, con eso de la dieta, no sé... Me encanta como se te está formando el cuerpo. (Juan lo mira a Luis, y no lo puede creer).

Luis —¿El cuerpo?

Leo —Siempre sueño con que te estás bañando, y me pedís que te alcance el toallón.

Juan —¿Y yo te lo alcanzo?

Leo —Sí.

Luis —¿Y qué pasa después?

Leo —Ya te imaginarás.

Luis —Ah... (Silencio). Yo no te gusto, ¿no?

Leo —De vos me gustan algunas cosas, no más...

Luis —¿Qué cosas?

Leo —Me gusta mucho esa arruguita que se te forma acá, cuando sonreís..., (se busca la arruguita) ...me gusta cómo te quedan esas zapatillas naranjas que usaste el otro día, ...también me gustan cómo te quedan las corbatas...

Luis —¿Pero te dan ganas de..., de que te alcance el toallón?

Leo —No... ¿qué decís? Yo estoy enamorado de Juan.

Solamente a él le dejaría hacerme...

Juan —¡Pará! ¡Pará un cacho! ¿Desde cuándo me... amás?

Leo —No sé. Hará unos meses...

Juan —Pero eso de amar hombres..., no sé..., me suena a... puto. (A Luis). ¿A vos no?

Luis —Sí, a mí también. Como a... (busca la palabra) ...marica, ¿no?

Leo —Yo que sé... Dicen que hay tantas sexualidades como personas en el mundo.

Juan —¿De dónde sacaste eso?

Leo —De una película que vi el otro día.

Luis —¿Cómo se llamaba?

Leo —Kinsey.

Luis —¿Kinsey? (Leo afirma con la cabeza). No, no la vi. ¿Quién actúa?

Leo —El de la lista de Schindler.

Juan — ¿Cuál? ¿El nazi?

Leo —No, el que hace de Schindler.

Juan —Ah, sí. El grandote. (Trata de hacer memoria). ¿Cómo se llamaba...?

Leo —No sé, no me acuerdo ahora.

Luis —Lo tengo en la punta de la...

Juan —Liaam Neson.

Luis —Ese, Liaam Neson. Hace poco lo vi en una película espectacular, en donde hace de un tipo que está casado con una mina, que como desconfía de él, le paga a una prostituta para que seduzca al marido. Muy buena. Escenas fuertes. La que hace de puta es una pendeja que no lo podés creer. Una rubia con unos ojos enormes, una boca espectacular... (A Leo). Así como te gustan a vos... (Se da cuenta de lo que dijo). Bah..., no sé. ¿Te siguen gustando las mujeres?

Leo —No sé. Estoy confundido.

Luis —Claro, por el asunto de la ducha, el toallón, y todo eso... ¿no? (Sin dejarlo contestar). ¿Sabés quién es la actriz que hace de puta? La de caperucita roja. ¿Viste que hicieron la película de caperucita roja? Un delirio. Te tienen toda la película esperando hasta el final, y entonces develan quien es el lobo feroz. Una porquería. Pero la rubia está zarpada... ¿Cómo se llamaba? Nunca me acuerdo el nombre de los actores.

Juan —Amanda Seyfried

Luis —¡Esa! Muy bien, Juan. Qué memoria que tenés. Siempre te envidié la memoria.

Juan —¿Y ahora qué vamos a hacer?

Luis —¿Con qué?

Juan —No sé. Con nuestra amistad.

Leo —Hagamos lo que vos quieras, Juan. Yo te amo. Eso no va a cambiar.

Luis —Pará con eso. Te va a escuchar alguien, pelotudo.

Leo —No me da vergüenza amarte. Hace años que vengo reprimiendo lo que siento.

Juan —Está bien, Leo, te entiendo. Me pone muy feliz que te hayas decidido a ser puto. Pero no andés diciendo que te gusto, por favor. Pensá en mí. Me voy a tener que mudar de ciudad. ¿Entendés?

Leo —Soy “yo” el que te ama. Vos no tenés nada de qué avergonzarte.

Luis —Juan tiene razón, Leito. Ponete en su lugar. Es una ciudad chica. Se lo van a comer vivo. ¿Entendés? No levanta una mina más en su vida.

Leo —(A Juan). ¿Alguna vez estuviste con una mina por más de tres meses? (Piensan).

Luis — (A Juan.) Con Sandrita estuviste por lo menos cuatro meses, ¿no?

Leo —No. Estuvo dos meses y medio. Esa fue con la que más tiempo estuvo.

Juan —¿Y vos cómo sabés todo eso?

Leo —Hace rato que te vengo siguiendo las aventuras, Juancito. (Busca en su mochila).

Luis —¿Cómo que lo vas siguiendo? ¿Le contabilizas el tiempo que dura con las minas?

Leo —(Saca un cuaderno de la mochila). Sí. Tengo todo anotado. (Se lo pasa a Luis y lo mira junto con Juan). Ahí están todas las minas. Nombre y apellido, estatura, color de tintura, domicilio..., y lo más importante..., tiempo de duración de la relación.

Luis —¿A mí nunca me seguiste en nada?

Leo —¿A vos te parece que hace falta? Estás con la misma mujer desde que tenés 15 años.

Luis —¿Y mis amantes qué? ¿Eso no es digno de anotar?

Leo —Luis. A las amantes no se les paga. Esas mujeres, a las que vos llamas amantes, son prostitutas. (Silencio. Luis sabe que Leo tiene razón). Además, a vos no tengo nada que contabilizarte. Yo amo Juan.

Juan —¿Y qué ganaste haciendo todo esto?

Leo —¿Vos tenés alguna idea, de por qué no durás con las minas?

Juan —Ya se los dije mil veces. Yo soy así, no me gusta el compromiso. Me quiero morir soltero.

Leo —A vos no te gustan las minas.

Juan —¿Qué?

Luis —¿Cómo no le van a gustar las minas? Pará un cacho, Leo. Que vos seas puto no quiere decir que todos tengamos que ser putos.

Leo —Yo no pretendo que nadie sea puto. Lo único que digo, es que Juan, no dura con las minas, porque solamente las usa para reafirmar su masculinidad.

Luis —¿Entonces yo soy puto porque estuve toda mi vida con una sola mina?

Leo —Vos no tenés nada que aparentar. Estamos hablando de Juan.

Luis —Menos mal.

Leo —¿Por qué no vas al psicólogo, Juancito?

Juan —El psicólogo es para los locos. Yo no estoy loco. Lo único que falta. Ahora, porque me gustan mucho las minas, tengo que ir al psicólogo. Vos sos el que tiene que ir al loquero, para ver si logran sacarte lo puto.

Luis —¿No será mucho? No te olvides que ahora en la televisión, la mayoría de los que tienen éxito, son los putos. Ojo con eso. ¿Porque no probás estar en la tele?

Leo —No me interesa la televisión. Me interesa Juan.

Luis —A ver, ya que sos tan inteligente... ¿Por qué crees que soy puto, yo?

Leo —Porque tu viejo te abandonó de chico.

Luis —¿Eso que tiene que ver?

Leo —Tu viejo dejó a tu vieja por otra mujer. Y vos, estando con muchas mujeres, creés que le podés demostrar que sos igual a él para que te vuelva a querer.

Luis —¿Y de dónde sacaste todo eso vos?

Leo —Yendo al psicólogo.

Juan —¿Vos decís que yo quiero ser como mi papá?

Leo —Querés mostrarle a tu papá que sos muy macho, como él, que se va con otras mujeres. Pero en realidad, sabés que tu felicidad, está junto a hombres como tu papá. Querés una figura masculina que te ame y proteja.

Luis —(Que no entendió nada). ¿No te parece muy rebuscado todo eso?

Leo —¿Y quién dijo que sería algo sencillo? ¿Vos por qué creés que te vas de putas teniendo una familia tan hermosa como la que tenés?

Luis —No sé. Uno a veces necesita desahogarse.

Leo —¿De qué te tenés que desahogar, cuando supuestamente sos tan feliz? (Luis no sabe que responder. Silencio). Bueno, muchachos, me voy. Lindo partido. Si me quieren llamar para el próximo, por más que sea puto, me prendo. Cuidensé. (Comienza a irse sin saludar).

Juan —Esperá.

Leo —¿Qué pasó?

Juan —¿Adónde queda el psicólogo ese donde vas vos?

Leo —Esperá que acá tengo la tarjeta. (La busca y se la da).  
Tomá.

Juan —Listo. Gracias. Disculpa que no te corresponda en eso de...

Leo —Nada que disculpar. El amor es así. Son cosas que no se deciden...

Luis —Che, Leito. ¿No tendrás otra tarjeta para mí?

Leo —(Busca). No, creo que no. Pero copiate el teléfono de la tarjeta de Juan.

Luis —Dale.

Leo —Bueno, hasta luego.

Luis —Che, no me hará puto el psicólogo, ¿no?

Leo —(Saliendo). La idea es que seas feliz como te haya tocado serlo.

Luis —¿Vas a ir?

Juan —No sé. Lo voy a pensar.

Luis —Podemos ir juntos, ¿no?

Juan —¿Tipo grupo?

Luis —No, no. Digo..., ir a averiguar.

Juan —Sí, eso sí.

Luis —Acá está la dirección. ¿Vamos a averiguar?

Juan —Dale, vamos. Total, por averiguar, no creo que nos pase nada.

Luis —Esperemos. (Salen).

No sé por qué te odio

Guido —No sé por qué te odio. Quisiera no odiarte nunca más.

Genoveva —No es odio, es amor. Es el amor excesivo que produce un descontrol emocional.

Guido —No, yo te odio. A veces cuando te olvidas de mí, te odio. Es como si se me durmiera un brazo. Una sensación de molestia...

Genoveva —Nunca me olvido de vos. Es imposible.

Guido —Ya sabés a lo que me refiero.

Genoveva —Voy a hacer todo lo posible para que nunca me dejes de amar.

Guido —No hagás nada. (Piensa): Solamente tratá de no ignorarme.

Genoveva —Yo no te ignoro.

Guido —Me refiero, a que, si ves un mensaje mío, aunque no tengas tiempo, o ganas, contestameló lo más rápido que puedas. Porque yo estoy como un idiota del otro lado, mendigando tu existencia. ¿Entendés?

Genoveva —Sí, entiendo.

Guido —Creo que es la primera vez que te lo logro explicar.

Genoveva —Puede ser.

Guido —Esto no tiene sentido. Tendríamos que habernos peleado hace rato.

Genoveva —Es cierto. Se nos pasó. Pero... qué le vamos a hacer.

Guido —Hubiese sido lo más eficiente.

Genoveva —Che, después te veo. Me tengo que ir.

Guido —Vos hablá cuando puedas, que yo estoy. Besos.

Genoveva —Dale, besos.

Guido —No tenerte es cualquiera.

Genoveva —¡No da!

Guido —Besos y abrazos.

Genoveva —Te amo.

Guido —Te odio.

Ganas de...

Pedro

Luciana

Francisco

(Luciana bailando sola sin música. Entra Pedro)

Pedro —¿Querés bailar conmigo?

Luciana —¿Cómo te llamas?

Pedro —Pedro.

Luciana —No, entonces no. Hoy tengo ganas de bailar más con un..., (pensando) ...con un Francisco.

Pedro —Tengo un amigo que se llama Francisco... ¿Querés que te lo llame?

Luciana —Dale.

Pedro —(Gritando por pata). ¡Eh, Pancho! (Entra Francisco. A Francisco). ¿Ves aquella mina?

Francisco —Sí.

Pedro —Bueno, resulta que quiere bailar con un Francisco.

Francisco —¿Sí?

Pedro —Sí.

Francisco —¿Y tenés idea si quiere hacer algo más?

Pedro —No sé. Pero bueno... Siempre una cosa lleva a la otra. Vos sabés...

Francisco —Primero averiguame. Porque yo no pienso ponerme a dar cátedra de danza contemporánea en vano.

Pedro —Ok. Bancame. (Va hasta Luciana). Aparte de bailar... ¿Qué otra cosa tenés ganas de hacer con un Francisco?

Luciana —(Pensando). Mmm... Bueno, hoy también tengo ganas de... escribir un graffiti, volar en ala delta y.... ¿me dijiste con un Francisco, no?

Pedro —Sí, sí.

Luciana —Ok... De escuchar un disco de Silvio Rodríguez abrazados en mi pieza, y de patentar una obra de autor inédita.

Pedro —¿Nada más?

Luciana —No, nada más.

Pedro —Y si habláramos de...

Luciana —¿De qué?

Pedro —De lo que ya sabés...

Luciana —Sólo sé que no sé nada.

Pedro —Digamos de..., de fornicar.

Luciana —Ajá.

Pedro —¿Tendrías ganas de fornicar con un Francisco, hoy?

Luciana —Dejame pensar... No, de fornicar por fornicar no.

Pero sí de buscar un hijo. (Decidida). Sí. Hoy tengo ganas de buscar un hijo con un Francisco.

Pedro —¿Un hijo?

Luciana —Sí, porque una hija no da. Primero el varoncito, así después defiende a sus hermanos menores. A no ser que no llegue a tenerlos, por ese asunto del accidente mortal que me profetizaron que iba a tener a los treinta y tres años.

Pedro —¿Me bancás un segundo? (Va hasta Francisco). Si hablamos de fornicar me dijo que sólo lo piensa hacer con fines reproductivos.

Francisco —Pero... ¿qué diría mi esposa?

Pedro —No sé, quizá se cope con la idea. Después de todo ella es estéril.

Francisco —Sí, tenés razón. Es genial porque va a ser mucho mejor que adoptar. Porque, por lo menos, los genes míos, los va a tener.

Pedro —Claro ,Panchito.

Francisco —Bueno, decile que sí.

Pedro —Ok. (Va hasta Luciana). Dice que sí, que acepta lo del hijo.

Luciana —Buenísimo. Decile que venga.

Pedro —Ok. (Va hasta Francisco) Dice que vayas.

Francisco —Estoy un poco nervioso.

Pedro —¿Es tu primera vez?

Francisco —Y sí. Es la primera vez que voy a tener un hijo, mi primer hijo. ¡Qué emoción!

Pedro —¿Cómo le vas a poner?

Francisco —Pedro, obvio.

Pedro —¿Como yo?

Francisco —Claro, y también vas a ser el padrino.

Pedro — (Emocionado. Abrazándolo). Gracias, loco. Nunca más me voy a olvidar de esto que estás haciendo por mí.

Gracias.

Francisco —Gracias a vos. (Mirándola a la distancia). Estoy tan enamorado. Ella es la mujer de mi vida.

Pedro —Ya lo sé, tonto. Dale, andá, que yo llamo a tu esposa y le aviso que esta noche no vas a dormir.

Francisco —Gracias, Pedrito. (Va hacia Luciana. Se sonríen, se dan el brazo y salen. Pedro se queda mirando emocionado).

Pedro —Como yo. Le va poner como yo.

## El Trocador

Abel

Bernardo

Abel —Buenas tardes. Vengo a pedir trabajo

Bernardo —Trabajo hay. Lo que no hay es dinero. Pero por lo que escucho, no es algo que esté necesitando ¿Para qué quiere trabajo?

Abel —Tengo hijos que mantener.

Bernardo —Entonces necesita plata, no trabajo. ¿Por qué no vuelve a formular el pedido?

Abel —A ver... Vengo a pedir dinero.

Bernardo —Pero, ¿qué se crees que es esto? ¿Cáritas?

Abel —Pero si usted me dijo...

Bernardo —Ya sé lo que dije. ¿Me cree senil?

(Tranquilizándose): A ver. Pruebe de vuelta. En vez de usar el verbo “pedir” use el verbo “trocar”.

Abel —(Piensa). Vengo a trocar trabajo.

Bernardo —Perfecto. Digamé ¿Por qué es que lo quiere trocar?

Abel —Por dinero.

Bernardo —Ajá. Comprendo. Pero, lamento reiterarle, que aquí no tenemos dinero.

Abel —¿Y con qué les paga a sus empleados?

Bernardo —No les pago.

Abel —¿Y qué hace con el dinero ganado?

Bernardo —Lo utilizo para hacer más llevadera mi vida.

Comprenderá que, como empresario que soy, llevo una vida cara y bien merecida, por haber construido esta maravillosa y productiva empresa con las propias manos de mi padre.

Abel —¿A qué se refiere con una vida bien merecida?

Bernardo —Cómo se nota que es un pobre hombre.  
(Explicándose): Tengo esposas, amantes e hijos que mantener.  
Imaginesé.

Abel —Yo sólo hijos. Mi esposa me dejó.

Bernardo —¿Acaso le pregunte acerca de su vida?

Abel —No. No lo hizo.

Bernardo —Bueno. Volviendo al punto. ¿Quiere trabajo o no?

Abel —No, yo no quiero trabajo. Usted es el que quiere mi trabajo. Pero no sabe por qué cosa trocarmeló.

Bernardo —Muy astuto. Es cierto. A ver... pensemos.

Abel —¿Sus empleados trabajan a cambio de qué?

Bernardo —De dignidad y renombre.

Abel —¿Renombre?

Bernardo —Claro. Ellos pueden presumir, frente a sus turbias amistades, sobre el hecho de que trabajan aquí, en esta empresa tan reconocida.

Abel —La verdad es que yo no necesito ni dignidad, ni renombre.

Bernardo —Se nota.

Abel —¿Por qué otra cosa me pude cambiar el trabajo?

Bernardo —No se me ocurre nada que le puede dar, que no sea de un nivel de abstracción total.

Abel —Entonces no me interesa. Muchas gracias. (Se dispone a salir).

Bernardo —¿A dónde va? No me deje con la palabra en la boca.

Abel —¿Se le ocurrió algo por lo que trocarme?

Bernardo —No. Es, tan sólo, que no estoy acostumbrado a que alguien se vaya sin que se lo indique. Usted me hirió en mi soberbia más profunda.

Abel —No fue mi intención.

Bernardo —¿Podría pedirme disculpas, por favor?

Abel —No tengo un motivo sensato para hacerlo.

Bernardo —Se lo estoy pidiendo por favor.

Abel —¿Y con eso qué?

Bernardo —Usted es realmente un mal educado.

Abel —No era lo que decía mi madre.

Bernardo —A nadie le importa lo que decía su madre.

Abel —A mí sí.

Bernardo —Usted no cuenta.

Abel —¿Y quién cuenta?

Bernardo —Sólo yo.

Abel —Entonces... hasta luego.

Bernardo —Le dije que no me dé la espalda. ¿No puede esperar, acaso, hasta que le pida que se retire?

Abel —No, no puedo. Necesito conseguir trabajo.

Bernardo —Mentiroso. Usted lo que necesita es dinero. ¿Por qué no sale a robar y listo?

Abel —Ya me ganaron de mano demasiados, inclusive uno que yo sé.

Bernardo —Yo no robo.

Abel —¿Trocar por abstracción no es robar?

Bernardo —No, es lógico. Que para usted mis abstracciones no valgan nada, no quiere decir que para otros tampoco lo valgan.

Abel —Es cierto.

Bernardo —Usted es una persona realmente peligrosa. Le voy a pedir que se retire.

Abel —Por fin. (Comienza a irse).

Bernardo —Aunque, pensándolo bien, usted podría ser un buen encargado.

Abel —¿Me está ofreciendo trabajo?

Bernardo —Así es.

Abel —¿A cambio de qué?

Bernardo —¿Cuáles de mis tangibilidades le apetece?

Abel —El dinero.

Bernardo —Esa no está en la lista de opciones.

Abel —¿Cuál lista?

Bernardo —Una que acabo de improvisar en mi mente.

Abel —Leamela.

Bernardo —No. Es más divertido si va adivinando.

Abel —No estoy para adivinanzas. Necesito... dinero.

Bernardo —Le ofrezco a mi esposa.

Abel —¿Está buena?

Bernardo —Una esposa nunca está buena. Una adjetivación tal sólo le cabe a una amante.

Abel —¿Y por qué no me da una amante?

Bernardo —Porque las amo a todas. La palabra misma lo dice. Me rompería el corazón saber que fornican con un tercero.

Abel —La palabra “esposa” también dice mucho, y sin embargo me la ofreció así sin más.

Bernardo —Esposa me suena a esclavitud.

Abel —¿Tiene algo que suene a dinero?

Bernardo —Le dije que dinero no.

Abel —¿Y entonces qué?

Bernardo —Le puedo ofrecer un departamento que tengo en Venecia.

Abel —¿Cuántos ambientes?

Bernardo —Uno.

Abel —¿Un mono ambiente?

Bernardo —Nada de monos. Sólo el departamento.

Abel —No, no me interesa. Gastaría mucho en colectivo.

Bernardo —Ya no sé qué ofrecerle. ¿Un hijo no le interesa?

Abel —¿Un hijo suyo?

Bernardo —Sí, le puede dar varias utilidades.

Abel —No soy de esos. ¿Por quién me toma?

Bernardo —No me mal interprete. Hablaba de otras utilidades. Comprar cigarrillos, alcanzar el control remoto...

Abel —Pero, ¿qué diría su esposa al respecto?  
Bernardo —Nada, no son de ella.  
Abel —¿Y de quién son?  
Bernardo —No sé. Los adopté, cuando se pudo de moda hacerlo, hace un par de años.  
Abel —Sino son suyos no los quiero.  
Bernardo —¿Qué cambia?  
Abel —La sangre.  
Bernardo —(Horrorizados). ¿Pero para qué quiere a mis hijos?  
Abel —No son suyos, no le importa.  
Bernardo —A mí no me levante el tono, que todavía no es el encargado.  
Abel —¿Y cuándo lo seré?  
Bernardo —Cuando se digne a aceptar alguna de mis ofertas.  
Abel —¿Por qué no me paga con acciones?  
Bernardo —¿Con verbos?  
Abel —Sí, podría hacer.  
Bernardo —Pero en tercera persona.  
Abel —Nunca, sólo los aceptaré en primera.  
Bernardo —Egocéntrico.  
Abel —Deme el diez por ciento de la empresa.  
Bernardo —Está bien. Pero vaya a trabajar que el tiempo es oro. (Aplaudiendo). Va, va...  
Abel —¿A dónde firmo?  
Bernardo —¿Qué?  
Abel —El contrato.  
Bernardo —Nada de contrato. Todo esto será de palabra.  
Abel —Sí, haceme reír.  
Bernardo —¿Me ve cara de bufón?  
Abel —Nada de palabras. A las palabras se las lleva el viento.  
Bernardo —Las hojas son del viento, no las palabras.  
Abel —Firmamos contrato o me voy.

Bernardo —Vayasé. Usted me cree idiota, si piensa que voy a firmar un papel, que me obligue a respetar una decisión, que de seguro, trocaré por otra.

Abel —Entonces confirma lo que digo.

Bernardo —El ser humano es muy cambiante. Lo que hoy me parece bien, mañana de seguro que ya no.

Abel —Para eso están los contratos.

Bernardo —Nada de contratos. Que le sirva mi mudable promesa.

Abel —No me sirve. Me voy.

Bernardo —Está bien. Le daré lo que quiere, señor encargado.

Abel —¿El dinero?

Bernardo —No. Una de mis amantes. Venga elijalá. (Abre la billetera y caen una serie de fotos carnés una debajo de otra que llegan hasta el piso). ¿Cuál le gusta?

Abel —Están todas bastante bien.

Bernardo —Tengo buen ojo.

Abel —Quiero esa.

Bernardo —Esa me la traje de África. Le falta un dedo.

Abel —¿De la mano?

Bernardo —No, del pie.

Abel —Es lo de menos. Me la llevo.

Bernardo —Perfecto.

Abel —¿Dónde firmo?

Bernardo —Y dale con la firma.

Abel —Está bien. Le tomo la palabra.

Bernardo —Excelente. Me encanta que nos hayamos podido poner de acuerdo, señor encargado.

Abel —¿Está al tanto si ella sabe cocinar?

Bernardo —¿Quién?

Abel —La africana.

Bernardo —Se llama Muganda, no sea irrespetuoso.

Abel —¿Sabe o no sabe?

Bernardo —Sí, obviamente que sabe cocinar. Pero sólo platos de ese país. Aunque no le corresponde a usted hacerla cocinar.

Abel —¿Por qué? Si es mía.

Bernardo —Yo le troqué una amante, no una cocinera. Yo le troqué un ser con un único rol a cumplir.

Abel —¿Y para qué me puede servir entonces?

Bernardo —La palabra lo dice.

Abel —¿Para amar?

Bernardo —Exacto. En todas las formas que se le ocurra. Pero nada de cocinar.

Abel —Pero yo no tengo esposa.

Bernardo —No me interesa saber sobre su pobre vida, ya se lo dije.

Abel —Está bien. Ahora digamé... ¿Cuál será mi tarea?

Bernardo —La de encargado. Creo ya habérselo dicho.

Abel —¿Encargado de qué?

Bernardo —... de la depilación de todas mis amantes.

Abel —Perfecto, me parece muy sencillo.

Bernardo —No se crea. Ya he despedido a varios encargados en el asunto. El último había olvidado depilarle las cejas a Ayselén, la Paraguaya.

Abel —¿También debo depilarle las cejas?

Bernardo —Sí, así es. Tengo fobia a los pelos.

Abel —No sabía que eso existiera.

Bernardo —Hay tantas cosas que ignora, pobre hombre.

Abel —¿Y por qué usted no se depila?

Bernardo —Sólo temo a los pelos femeninos.

Abel —Qué extraña patología. Quizá le pasó algo de en su adolescencia.

Bernardo —Nunca fui adolescente. Mi madre me violó para que dé el salto madurativo rápidamente. Aún recuerdo su barba pinchuda. Bueno, póngase manos a la obra, Eduardo.

Abel —No me llamo Eduardo.

Bernardo —Se va a llamar como yo quiera, Eduardo, tome las tijeras.

Abel —¿Si usted me despide por alguna razón, yo me quedaría sin Muganda?

Bernardo —Obviamente. Así que haga las cosas bien. Si no, a la mierda la africana.

Abel —Está bien. Aunque sepa que, si yo me la quiero quedar, me caso con ella y la hago mi esposa..., y a la mierda usted.

Bernardo —No sea imbécil. Si usted se casa con ella, y luego pierde el trabajo, no hay nada que impida que ella vuelva a ser mi amante.

Abel —Pero me va a poder cocinar.

Bernardo —¿Y qué importa? Si después a quien va a amar es a mí, Eduardito. Es una cuestión de ver quien tiene la matraca.

Abel —¿Qué matraca?

Bernardo —A laburar carajo.